

¡Véalos! Allí están¹

Emilio Acosta Díaz, Pbro.

Esta mañana al clarear el alba los vi,
los vi casi juntos,
los vi que estaban allí,
estaban los dos;
a ella se le acabó la noche
porque se quedó entretenida en sus sueños
y le fue difícil pronto despertar;
el tiempo, cómplice de sus andanzas,
escondió sus afanes
entre risas y música de hombres y mujeres
de cantos de niños sumergiéndose en el misterio de la noche,
descuidada se quedó;
¡pasito, quedo, véalos allí!... ¡silencio!..., allí están.

Vi esta mañana
que a él, le afanaba el día
y que quería bañar de luz
el corazón tímido de la tierra, penetrar su alma,
inundar el infinito con sus rayos de oro,
esparciendo su luz,
como serpentinas de plata
en los primeros días de enero en esta ciudad;
quería embriagar la noche de resplandor
mientras aligeraba el despertar lento del nuevo día
con su amanecer lleno de sonrisas.

Si, los dos estaban allí,
yo los vi, los vieron también
las montañas verdosas y las rocas milenarias,
junto a quienes no habían soñado verlos juntos
porque guardaron el tiempo,
en sus corazones tiernos de papel;
los dos estaban allí,

¹ La cosmovisión hace parte de la experiencia humana que le permite establecer contacto con la realidad, a través de ella el ser humano se sitúa, se conecta, y desde su perspectiva aprecia el cosmos, el mundo. El desarrollo científico y el nuevo conocimiento, cada vez más le proporciona elementos de aproximación a la realidad, sacándolo muchas veces de su pequeño mundo a otro expandido, lleno de fenómenos y realidades desconocidas; por lo que, maravillarse y sentir admiración, nunca dejan de ser experiencias saciables.

La mirada sensible, ubicada en el tiempo: «esta mañana al clarear el alba» es el tiempo oportuno para contemplarlos juntos, hacerlos vivos, proporcionarles sensaciones y emociones en un escenario que se mueve entre el día y la noche, entre la festividad y la cotidianidad del puñado de humanidad que aún no ha despertado y que reposa en el regazo del Galeras, la gran montaña que cuida de los suyos como un centinela que se mantiene en el tiempo «manso y duro de derretirse». Allí, ante tantos testigos mudos y silenciosos está el pintor y el poeta, cada cual interpretando a su antojo la presencia de la luna y el sol. Los dos: «ella tierna y fría, hinchada de esperanzas e ilusiones y él cálido, y lleno de amor». Bajo esta mirada desprevenida y casi infantil todo se magnifica, se entenece y se sale de los cauces de la realidad.

los durmientes no los vieron,
allí estaban;
ella vestida de luz tenue y escasa de madrugada,
con su cara redonda de sueño,
con su tez fría y helada
con sus secretos inmensos de noche
y con su vestido blanco de hielo;
él con su arrogancia mañanera,
con su luz imprescindible,
con sus ojazos despiertos,
con su cantar y su eco,
con su calor inmenso
debajo de un cielo terso,
más azul que los otoños de otros tiempos,
más noble que el infinito pacífico que se los traga juntos
cada vez que se acaba el día o se encrespa la noche;
él deseoso de alcanzar en el ocaso la noche que se pierde escurridiza
entre las montañas perfiladas
y la imponencia única del Galeras manso
y duro de derretirse
con el paso del ofuscado tiempo.

A ellos, si, a ellos, también los vieron muchos
mientras se escapaban para dejar la noche
y descubrir el manto claro del día,
los admiraron y los soñaron,
el poeta volvió a grabar como en antaño
en sus registros el paso del día y el susurrar de la noche
mientras se volvían palabra.
El pintor corrió a juntar pinceles finos y colores blandos
pero no los encontró,
lo vi sentado en la colina admirándolos,
mientras ella se iba y él se quedaba hilando sueños,
esperando a que viniese adormilada otra vez.

Yo, yo los vi, si los vi...
¡silencio!... porque no vuelven,
no vuelven juntos los dos, seguro que no vuelven
al mismo tiempo otra vez.
La vida los venera,
ella tierna y fría, hinchada de esperanzas e ilusiones
y él cálido, y lleno de amor.